

LA EVOLUCION DE LA NOCION DE MATERIA EN EL PENSAMIENTO DE RUSSELL

I) *La Noción Común de la Materia*

En diversas ocasiones y con relación a diversos problemas, Russell usa la expresión ‘la vieja concepción de la materia’. Su caracterización de dicha concepción, que no es otra que la del sentido común, es efectuada en función de sus intereses del momento. Así, en *Los Principios de las Matemáticas*, en donde aboga con optimismo en favor de una concepción sumamente ambiciosa del conocimiento humano, la materia es examinada de modo enteramente *a priori*, entendida como el objeto de estudio de las partes más abstractas y matematizadas de la física. Sin embargo, sería un error pensar que la materia de la que habla Russell en este primer examen deja escapar los rasgos típicos del concepto común de materia y que su concepto científico de materia es independiente del primero. Como veremos, su enfoque de inmediato le garantiza a la materia la impenetrabilidad. Asimismo, su propuesta de que se hable de sistemas de correlaciones entre puntos e instantes permitirá concederle a la materia su carácter espacial y temporal. “La característica más fundamental de la materia reside en la naturaleza de su conexión con el espacio y el tiempo. Dos pedazos de materia no pueden ocupar el mismo lugar en el mismo momento y el mismo pedazo no puede ocupar dos lugares en el mismo momento, aunque puede ocupar dos momentos en el mismo lugar”.¹ Pero obsérvese que esto no es, estrictamente hablando, un descubrimiento de nada, sino una formulación teórica o más precisa de un rasgo de la materia conocido *a priori*. Vale la pena notar también que el tratamiento russelliano (en esta época) de la materia lo lleva a concebirla como algo que perdura. De ahí que se pueda afirmar que, más que modificar o alterar el concepto “normal” de materia, Russell se propone, en un primer acercamiento al tema, refinar, pulir, precisar dicho concepto. Hay sólo un punto en el que la concepción tradicional y la primera filosofía de Russell chocan, *viz.*, este último rechaza el que se vea en la materia una “sustancia”. “Así, ninguna forma de noción de sustancia parece aplicable a la definición de materia”.² Las razones en favor de este punto de vista las daré en el primer apartado de la segunda sección de este trabajo.

¹ B. Russell, *The Principles of Mathematics* (New York: W.W. Norton and Company), § 440.

² B. Russell, *loc. cit.*

Como es obvio para todo aquel que haya leído *Los Principios de las Matemáticas*, a pesar de que esta obra contiene una multitud fantástica de temas y tesis, está ausente en ella la teoría del conocimiento. Es, pues, natural que al adentrarse Russell en ésta que se convertirá de hecho en la rama de la filosofía más prominente de su trabajo, la noción de materia quedara caracterizada en función de los problemas epistemológicos que lo irán ocupando. Desde esta perspectiva, tal vez el rasgo más importante de la materia sea su posesión de poderes causales y, más especialmente aún, su capacidad para producir nuestras sensaciones. La materia, nos dice Russell, “solía ser la causa de nuestras sensaciones”.³ Otra característica tradicional de la materia es la de ser algo radicalmente diferente de la mente. “Comúnmente queremos decir mediante ‘materia’ algo opuesto a la ‘mente’, algo en lo que pensamos como ocupando un espacio y como radicalmente incapacitado para tener cualquier clase de pensamientos o conciencia”.⁴ Es muy probable que puedan encontrarse otras caracterizaciones de la noción “vulgar” de materia en la obra de Russell, pero creo que las que he enumerado conforman un “retrato hablado” aceptable. Resumiendo lo dicho, creo que podemos afirmar que la materia, en la concepción tradicional:

- a) perdura
- b) es impenetrable
- c) ocupa espacio y tiempo
- d) es la causa de nuestras sensaciones
- e) es algo radicalmente diferente de la mente

Me parece que será interesante intentar determinar qué quedó de todo esto después de 50 años de reflexión sobre el tema.

II) *Las Fases del Pensamiento de Russell*

A) **Materia y Lógica**

Los Principios de las Matemáticas contienen la primera presentación filosófica detallada del programa logicista completo. Se trata, sin embargo, de un libro cuyas ambiciones rebasan con mucho el dominio de los problemas de los fundamentos de las matemáticas. El interés de Russell se centra en el conocimiento humano y, desde lo que era entonces su nueva perspectiva, podría aspirar a ser catalogado como conocimiento todo aquello que fuera en algún sentido matematizable y, por consiguiente, todo aquello que pudiera ser explicado o justificado en términos de lógica. Ahora bien, hay ramas de la física que permiten un tratamiento enteramente formal de sus temas. Tal es el caso de la “dinámica racional”, cuyo objeto de

³ B. Russell, *An Outline of Philosophy* (New York: New American Library), p. 292.

⁴ B. Russell, *The Problems of Philosophy* (Oxford: Oxford University Press, 1980), pp. 4-5.

estudio es precisamente la materia. “... aquí no nos interesa la pregunta: ¿cuál es la naturaleza de la materia que de hecho existe? Nos incumbe meramente el análisis de la dinámica racional considerada como una rama de la matemática pura y que introduce su tema por definición, no por observación del mundo real”.⁵ La idea parece ser que la teoría formal (y *a priori*) de la materia podría vincularse con teorías físicas empíricas y, en particular, con las leyes de Newton. Quedaría así asegurada una gradación continua desde la lógica hasta la ciencia natural. Por otra parte, es importante percatarse de lo siguiente: si bien la teoría de la materia presentada por Russell es una teoría matemática, su presentación está moldeada por las teorías del significado y de la referencia previamente introducidas. Lo que esto implica (y deseo enfatizar) es simplemente que la teoría de Russell no es de carácter lingüístico: no son consideraciones acerca de nociones como “sujeto”, “sustancia”, “término”, etc., lo que lo llevan a una concepción particular de la materia. Esas nociones son simplemente útiles sólo para la formulación de la teoría. Veamos ahora cuáles son los rasgos importantes de esta primera teoría de Russell.

Las nociones importantes de la teoría formal de la materia desarrollada por Russell son, básicamente, las siguientes: espacio, tiempo y movimiento. ‘Materia’, como es obvio, es un término de clase y por lo tanto, dada la teoría de la denotación defendida por Russell, *denota*. Lo que esto quiere decir es que cuando pretendemos hablar de “la materia” no hablamos de la materia, sino de lo denotado por ‘la materia’, que no es otra cosa que las unidades reales de materia. Recuérdese que la ontología de Russell es una ontología de términos y éstos se clasifican en cuatro grandes grupos: puntos, instantes, términos que ocupan instantes pero no puntos y términos espacio-temporales. Las unidades de materia caen bajo esta última categoría. El problema, es pues, caracterizarlas de tal modo que, primero, se les pueda distinguir de otras entidades espacio temporales (cómo los colores) y que, segundo, satisfagan las ecuaciones de la dinámica. Así enfocado el asunto, las características más importantes de las unidades materiales o de materia son, de acuerdo con Russell, las siguientes:

- 1) Cada unidad de materia ocupa un punto espacial en cualquier momento.
- 2) Dos unidades de materia no pueden ocupar el mismo espacio simultáneamente.
- 3) Una unidad de materia no puede ocupar dos puntos espaciales simultáneamente.
- 4) Toda unidad material persiste en el tiempo.
- 5) El cambio espacial de las unidades de materia requiere series continuas.

⁵ B. Russell, *The Principles of Mathematics*, § 437.

6) El criterio de identidad para las unidades de materia se extrae de sus relaciones con el espacio y con el tiempo

Es claro que esta teoría le hace algunas concesiones al sentido común, pero también entra en conflicto con él. Russell le concede al sentido común el que la “materia” sea impenetrable, pero le niega que sea extensa. “Es decir, todo aquello que, en un momento dado, tiene extensión, no es un pedazo indivisible de materia: la división del espacio siempre implica división de cualquier materia que ocupa el espacio...”⁶ Aquí el enigma es, naturalmente, el de si un punto tiene o no extensión (una línea, por ejemplo, es una sucesión de puntos y ciertamente es extensa) y Russell, hay que decirlo, deja el asunto en el misterio. Una cuestión en relación con la cual es difícil decidir qué es lo que el sentido común sostendría es el de la persistencia en el tiempo. La tesis de Russell es que “Todo pedazo de materia persiste a través del tiempo: si ya existió, parecería que debe existir por siempre”.⁷ Parecería que Russell defiende esto porque sólo así sería posible explicar el movimiento (mejor dicho: la validez universal de las leyes del movimiento), pero su argumento no es claro. Dicho de otro modo, no se ve por qué el mundo material tenga que ser eterno, a menos de que se asuma que el movimiento tiene que ser eterno. Empero, no se ve por qué esto tenga que ser así. En cuanto al problema de distinguir entre términos materiales y las así llamadas ‘propiedades secundarias’ (en particular, los colores), Russell sí parece estar en posición de ofrecer una respuesta bien argumentada. Los rasgos abstractos mediante los cuales los términos materiales (unidades de materia) quedan caracterizados permiten sin problemas trazar la distinción. Aquí la aportación de Russell consiste en que su modo de distinguirlos no procede de una mera distinción lingüística (sujeto/predicado), pues ésta estaría basada en una teoría de la proposición que la nueva lógica relacional pretende echar por tierra. Por otra parte, nótese que, de acuerdo con *Los Principios*, los puntos materiales también pueden quedar disueltos al ser reemplazados por correlaciones espaciales y temporales. Como es obvio, “espacio” y “tiempo” también son conceptos de clase, por lo que cuando hablamos de ellos de lo que hablamos es de su denotación. El tiempo y el espacio consisten en o se componen de instantes y puntos, es decir, son estos últimos lo real y de ellos de lo que hablamos cuando hablamos de espacio y de tiempo. Ahora bien, estos últimos pueden ser definidos, lógicamente, por series uni-dimensional y tri-dimensional respectivamente. De este modo, el punto material es eliminable en favor de una clase de series perfectamente bien definidas. Esto es una manifestación temprana de la manía reduccionista de Russell. Por último, una idea importante en toda esta doctrina es que la materia (o los puntos materiales), sea lo que sea, no es la sustancia del mundo, o por lo menos no lo es más que otras “cosas”, las cuales pueden ser mentales o lógicas. Sustancia es todo aquello que es, que tiene un carácter unitario, que es el sujeto de las proposiciones,

⁶ B. Russell, *ibid.*, § 440.

⁷ B. Russell, *loc. cit.*

etc. La materia, por lo menos desde el punto de vista de la dinámica racional, es una clase de puntos materiales y, por lo tanto, tiene tanta realidad como cualquier otra clase, o sea, ninguna.

B) Conocimiento Empírico y Ciencia

Doce años más tarde, Russell ya no se siente satisfecho con consideraciones puramente formales acerca de la materia y ello por una sencilla razón: ya no puede evitar intentar dar respuesta a los problemas básicos de la teoría del conocimiento. Es importante notar que no está implicado que Russell tuviera que abandonar por completo su teoría anterior. Como él mismo dice, lo único que la ciencia requiere de la materia son “posición en el espacio y el poder de movimiento de acuerdo con las leyes del movimiento”.⁸ Empero, con la Teoría de las Descripciones Russell introduce su fundamental noción de conocimiento directo (*acquaintance*) y con ella ocupan súbitamente el primer plano los problemas de teoría del conocimiento. Si los resultados a los que ahora se llegue son compatibles con los anteriores o no, es una cuestión debatible. Por el momento, limitémonos a señalar que el nuevo planteamiento de Russell tendrá que ser drásticamente diferente. La idea central, es decir, la idea que permite la formulación de un problema básico que sirva de punto de partida parece ser la siguiente:

el análisis epistemológico revela que lo único que conocemos directamente son los datos inmediatos de la conciencia, esto es, los *sense-data*. Por otra parte, es imposible no admitir la ciencia. Una filosofía que la rechazara podría ser ignorada por oscurantista. Russell aspira, por consiguiente, a conciliar los resultados de la teoría del conocimiento con los de la física. Esta dificultad ocupará sus esfuerzos prácticamente hasta el fin de sus días, pero es en *Los Problemas de la Filosofía* que él plantea por primera vez el asunto de modo directo: “El problema que tenemos que considerar es este: concediendo que tenemos certeza de algunos de nuestros *sense-data*, ¿tenemos alguna razón para considerarlos como signos de la existencia de algo distinto, a lo que podemos llamar el objeto físico?”.⁹ Parte de la complicación radica en que los datos sensoriales parecen “decirnos” una cosa diferente acerca de la realidad que lo que nos dice la ciencia. Desde nuestra perspectiva, es decir, después de años de discusión sobre el tema, tal vez podamos afirmar con confianza que, así planteado, el problema es sencillamente insoluble. Esto es algo que, en alguna medida, Russell mismo reconoce. “En un sentido debe admitirse que no podemos nunca probar la existencia de otras cosas diferentes de nosotros mismos y nuestras experiencias. Ningún absurdo lógico resulta de la hipótesis de que el mundo se compone de mí mismo y mis pensamientos, sentimientos y sensaciones y de que todo lo demás es

⁸ B. Russell, *The Problems of Philosophy*, p. 8.

⁹ B. Russell, *loc. cit.*

mera fantasía”.¹⁰ Es esta, en verdad, una concesión notable al escéptico y que llevará a Russell, como es bien sabido, a incursionar por la senda del fenomenalismo total, con el único fin de intentar conquistar lo que en 1912 se ve compelido a otorgar. Por el momento, lo único que se le ocurre es señalar que si lo que queremos es conciliar lo que nos dice la ciencia con lo que nos dicen nuestros sentidos, la opción más viable, es decir, la hipótesis más sencilla, es la de suponer que **hay** objetos físicos y que éstos **causan** nuestras sensaciones. La hipótesis escéptica (y solipsista) no es, como Russell mismo reconoce, lógicamente imposible, pero también es cierto que “no hay ninguna razón para suponer que es verdadera; y es, de hecho, una hipótesis menos simple, considerada como medio para dar cuenta de los hechos de nuestra propia vida, que la hipótesis del sentido común de que hay realmente objetos independientes de nosotros, cuya acción sobre nosotros causa nuestras sensaciones”.¹¹ Si bien es cierto que esta propuesta tiene la virtud de conciliar experiencia con ciencia, es decir, conocimiento directo con conocimiento teórico, también lo es el que el conocimiento sustancial al que aspiramos queda definitivamente excluido: a lo único que podemos acceder es a cierto conocimiento estructural del mundo material, pero acerca de cómo sean en sí mismos los objetos materiales no podemos en principio saber nada. Hay, pues, un sentido importante en el que la ciencia es incapaz de proporcionarnos el conocimiento del mundo externo al que normalmente aspiramos. En resumen: los argumentos que Russell ofrece en favor de la existencia objetiva de la materia se reducen básicamente a dos:

- 1) No hay razones para pensar que la hipótesis escéptica es verdadera, y
- 2) La hipótesis de que hay objetos independientes, diferentes en *status* metafísico de los *sense-data*, es más simple que la que niega su existencia y permite una más sencilla reconstrucción del todo de nuestra experiencia.

Sobre la base (más bien escuálida, hay que reconocerlo) de estos argumentos, Russell elabora una concepción de la materia (a la que se refiere simplemente como “la totalidad de los objetos físicos”), que guarda una cierta similitud con la “cosa en sí” kantiana. Hay, naturalmente, diferencias obvias e inmensas entre ellas, que además Russell está ansioso por hacer explícitas y que por ello es el primero en señalar. En particular, la cosa en sí es, de acuerdo con Kant, esencialmente incognoscible, en tanto que la materia de Russell es cognoscible, sólo que de un modo peculiar. Pero, dejando de lado esta cuestión, nótese que la teoría de Russell empieza por reconocer una diferencia básica que permite distinguir entre la materia y los objetos de conocimiento empírico, a saber, la diferencia entre los espacios privados, en los que se ubican los *sense-data*, y el

¹⁰ B. Russell. *Ibid.*, p. 9.

¹¹ B. Russell, *ibid.*, pp. 9-10.

espacio de la ciencia (*i.e.*, físico). El argumento de la simplicidad nos permite inferir que hay correspondencias entre ellos (es decir, entre espacios y entre sus respectivos objetos) y es por eso que podemos establecer un puente cognitivo entre lo dado en la experiencia y todo aquello que es causa inferida de ella. Llegamos así al mundo de los objetos materiales o físicos. Pero entonces “Si, como la ciencia y el sentido común asumen, hay un espacio físico, público, omniabarcador en el que están los objetos físicos, las posiciones relativas de los objetos físicos en el espacio físico deben más o menos corresponder a las posiciones relativas de los *sense-data* en nuestros espacios privados. (...). Podemos, así, asumir que hay un espacio físico en el que los objetos físicos tienen relaciones espaciales correspondientes a aquellas que tienen los *sense-data* correspondientes en nuestros espacios privados. Es de este espacio físico del que se ocupa la geometría y que se asume en física y en astronomía”.¹² O sea, la ciencia estudia todo aquella que es, por definición, perceptualmente inaccesible. Al mismo tiempo, la ciencia proporciona un genuino conocimiento. ¿Qué clase de conocimiento es ese? La respuesta de Russell es que la ciencia sólo proporciona un conocimiento “estructural” del mundo. “Así, encontramos que, aunque las relaciones de los objetos físicos tienen toda clase de propiedades cognoscibles, derivadas de su correspondencia con las relaciones de los *sense-data*, los objetos físicos mismos siguen siendo desconocidos en su naturaleza intrínseca, por lo menos en la medida en que pueden descubrirse mediante los sentidos”.¹³

Es obvio que esta teoría, si bien hace justicia a ciertas intuiciones y a ciertos datos, contiene huecos demasiado grandes, de modo que no puede presentársele como una teoría acabada. Algunos de los problemas son los siguientes:

- a) Como bien se lo señaló Whitehead por carta, el espacio y el tiempo físicos, asumidos por Russell, son, en su planteamiento, enteramente gratuitos.
- b) Las “correspondencias” entre objetos privados y físicos están más bien asumidas y adivinadas que deducidas.

Parecería que el conflicto (a primera vista insoluble) de Russell lo generan su solipsismo metodológico y su aceptación irrestricta de la ciencia. Dado el abismo que separa al discurso sobre sensaciones del discurso de las entidades teóricas y una vez aceptado como válido el argumento de la ilusión, es claro que Russell tendrá que optar entre abandonar su teoría empirista del conocimiento o su realismo científico. En *Nuestro Conocimiento del Mundo Externo* Russell se inclinará por un fenomenalismo radical. Empero, antes de abordar esto que de hecho es la tercera fase de la evolución del pensamiento de Russell sobre la

¹² B. Russell, *ibid.*, p. 15,

¹³ B. Russell, *ibid.*, p. 17.

materia, será imprescindible apuntar a otras ideas importantes del Russell de *Los Problemas de la Filosofía*.

De acuerdo con Russell, según vimos, lo que conocemos empíricamente son únicamente *sense-data*, que son objetos privados, ubicados en un espacio privado particular (*i.e.*, el del percipiente); en cambio aquello de lo que nos habla la ciencia, sea lo que sea, está localizado en un espacio que no es el espacio privado de las sensaciones del sujeto, sino que es algo abstracto que ni siquiera en principio se puede conocer directamente. Este espacio físico es requerido teóricamente si vamos a dar cuenta de la coincidencia en las percepciones de diversos observadores: tiene que haber un espacio común que contenga a los diversos espacios privados. Pero ni este espacio común ni los objetos que contiene (y que son los objetos de los que se ocupa la ciencia) son “entidades” de experiencia. “El espacio de la ciencia, por lo tanto, aunque conectado con los espacios que vemos y sentimos, no es idéntico a ellos y su modo de conexión requiere investigación”.¹⁴ Los objetos de la ciencia son los objetos físicos, pero estos no son “cuerpos”, en el sentido usual de la expresión. Un cuerpo es algo dado en la sensación y, por definición, no es de eso de lo que se ocupa la ciencia, o por lo menos la física, que es la ciencia que ofrece una teoría abstracta de la materia (puesto que es “a la colección de todos los objetos físicos [que] se le llama ‘materia’”)¹⁵. Ahora bien, sea lo que sea esta materia lo que sí podemos afirmar es que no es nada cognoscible empíricamente, en el sentido “crudo” de la expresión. La materia de la que habla la ciencia es aquello que se desplaza en el espacio físico y que satisface las leyes generales del movimiento. Es la materia en este sentido que, se supone, quedó caracterizada de manera abstracta en *Los Principios de las Matemáticas*. El problema es que si bien no tiene mayor sentido rechazar los resultados de la ciencia, sí es legítimo preguntar sobre qué bases hablamos en este caso de conocimiento, puesto que los fundamentos del conocimiento los proporciona el conocimiento adquirido a través de los sentidos. La pregunta entonces es: ¿qué relación hay entre los *sense-data* y la materia y qué clase de conocimiento podemos alcanzar de esta última partiendo de aquellos?

En *Los Problemas de la Filosofía*, Russell aboga claramente por una teoría causal de la percepción. “Acordamos de manera provisional que los objetos físicos no pueden ser del todo como nuestros *sense-data*, pero que se les puede considerar como causantes de nuestras sensaciones”.¹⁶ La razón por la que aceptamos la existencia de la materia es simplemente, como vimos, que se trata de la hipótesis más sencilla conciliable con nuestra experiencia o para dar cuenta de ella. Esto, claro, está, es en algún sentido el reconocimiento implícito de un fracaso filosófico. Por otra parte, si bien es cierto que esta propuesta de Russell tiene la

¹⁴ B. Russell, *ibid.*, p. 13.

¹⁵ B. Russell, *ibid.*, p. 4

¹⁶ B. Russell, *ibid.*, p. 15.

virtud de conciliar experiencia con conocimiento teórico, también lo es el que el conocimiento sustancial al que aspiramos queda definitivamente fuera de nuestro alcance: a lo único que podemos acceder es a cierto conocimiento estructural del mundo material, pero acerca de la naturaleza misma de los objetos materiales no podemos en principio saber nada.

Es claro que el planteamiento de *Los Problemas de la Filosofía* contenía los gérmenes de una descomposición teórica veloz, por la sencilla razón de que es sólo sobre la base de la aceptación acrítica de presuposiciones muy fuertes que Russell podrá salvar el abismo que él mismo creó entre la ciencia y la percepción o, si se prefiere, entre el conocimiento empírico y el conocimiento teórico. Russell detecta y señala esta contradicción como sigue: “Es esta curiosa oposición de dirección entre el orden de causación tal como lo afirma la física y el orden de evidencia, tal como lo revela la teoría del conocimiento, lo que causa las perplejidades más serias respecto a la naturaleza de la realidad física”.¹⁷ Se supone que *e.g.*, la física es una ciencia empírica, pero ¿sobre qué bases podría pretenderse que así se le calificara si de hecho está separada de la empirie? ¿Cómo podríamos hablar de ella como de una “ciencia empírica” si me dice **otra cosa** que lo que me dice el conocimiento empírico más genuino posible? De ahí que la heroica solución de Russell consistirá, en su tercera fase, en intentar borrar dicho abismo, dándole prioridad a lo dado en la experiencia. Su programa no puede, por lo tanto, ser más que el del más radical de los fenomenalismos. Dado que es difícil no sentir que, de uno u otro modo, por una u otra razón, un programa así terminará en un fracaso rotundo y total, da la impresión como si de lo que se tratara fuera simplemente de ver hasta dónde nos pueden llevar, si somos coherentes, el enfoque y las suposiciones empiristas. Russell, empero, considerará esta opción con toda seriedad, concediéndole toda la plausibilidad que merece cualquier otra teoría filosófica. Esto es la que él tratara de desarrollar sobre todo en *Nuestro Conocimiento del Mundo Externo*.

C) Fenomenalismo Radical

Formulado simplemente, el fenomenalismo es la tesis filosófica según la cual el contenido de nuestras aseveraciones acerca de los objetos del “mundo externo” está dado por nuestros objetos de percepción (*i.e.*, los de cada quien). Hay de esto, obviamente, una versión lingüística y otra “metafísica”. Russell opta más bien por la segunda. Para él, de lo que se trata es, fundamentalmente, de ofrecer una reconstrucción y una interpretación de los conceptos de la ciencia en términos de *data*. No sólo eso: habrá también que mostrar que las leyes de la ciencia versan sobre esos objetos. Pero ¿no es esto demasiado extraño? En todo caso, lo primero que hay que hacer (ya ubicados en esta plataforma) es mostrar que los objetos de

¹⁷ B. Russell, *Mysticism and Logic* (London: Allen and Unwin, 1976), p. 101.

percepción no son de carácter mental, pero ¿puede argumentarse con plausibilidad en este sentido? Russell lo hace y con una fuerza argumentativa sorprendente. Veamos cómo.

Russell empieza por distinguir entre la actividad mental y el contenido de la actividad. El rasgo importante de lo mental es, según él (y siguiendo en esto a gente como Brentano), el “apoderarse” de algo, la intencionalidad, el estar dirigido hacia algo. Así sucede con, *e.g.*, los deseos, los pensamientos, las creencias, etc. Esos claramente son ejemplos de estados mentales (particulares mentales). Pero entonces es obvio que los objetos mismos de las creencias, los deseos, etc., no tienen por qué ser vistos como mentales. “Si, entonces, cuando decimos que algo está en la mente queremos decir que tiene una cierta característica intrínseca, reconocible como la que le pertenece a los pensamientos y a los deseos, debe mantenerse con fundamento en la inspección inmediata que los objetos del sentido no están en ninguna mente”.¹⁸ Pero si por otra parte aceptamos que la distinción “mental-material” es exhaustiva, tendremos entonces que concluir que hay un sentido legítimo en el que los datos sensoriales mismos **son** de naturaleza material. Lo que esto quiere decir es, entre otras cosas, que son ellos precisamente el objeto de estudio y tratamiento de la ciencia (en particular de la física). “Me propongo aseverar que los *sense-data* son físicos, sosteniendo a la vez que probablemente nunca persisten inalterados después de dejar de ser *data* (...). Si hubiera, como algunos han sostenido, una imposibilidad lógica en que los *sense-data* persistieran después de dejar de ser *data*, ello ciertamente tendería a mostrar que son mentales’.¹⁹ Russell, no obstante, está persuadido de que puede demostrar que no hay la menor razón para pensar que algo así es el caso. Su argumento en favor de la objetividad de los datos sensoriales es simple, pero ingenioso. “Lógicamente, un *sense-datum* es un objeto, un particular del cual el sujeto está consciente. No contiene al sujeto como una parte, como lo hacen por ejemplo las creencias y las voliciones. Por lo tanto, la existencia del *sense-datum* *no* es lógicamente dependiente de la del sujeto; porque el único modo, hasta donde yo sé, en que la existencia de *A* puede depender lógicamente de la existencia de *B* es cuando *B* es parte de *A*. No hay, por lo tanto, ninguna razón *a priori* por la que un particular que es un *sense-datum* no persista después de que haya dejado de ser *datum*, ni porque otros particulares semejantes no existan sin ser nunca *data*”.¹⁹

El punto de vista de que los *sense-data* son mentales sin duda alguna se deriva en parte de su subjetividad fisiológica, pero también en parte del fracaso en distinguir entre *sense-data* y ‘sensaciones’. Por una sensación me refiero al hecho que consiste en la conciencia del *sense-datum* por parte del sujeto. Así, una sensación es un complejo del cual el sujeto es un componente y

¹⁸ B. Russell, *ibid.*, pp. 99-100. ¹⁹ *Ibid.*, p. 112.

¹⁹ B. Russell, *ibid.*, p. 112

que, por lo tanto, es mental. El *sense-datum*, por otra parte, se contrapone al sujeto como ese objeto externo del cual el sujeto está consciente en la sensación”.²⁰ Tenemos, así, un primer resultado importante y que será muy útil para la elaboración de la teoría general de la materia: los *sense-data* son objetos físicos. Lo que hay que hacer ahora es distinguir entre los particulares percibidos, que se vuelven *data*, y los no percibidos, pero que tienen el mismo *status* que los particulares percibidos. Se trata de dos especies de objetos de un mismo género. El género es el de los *sensibilia*. Los *sensibilia* son entidades físicas, reales, etc. Cabe, no obstante, preguntar: si los *sensibilia* (*sense-data* o no) son objetos físicos ¿qué son entonces eso a lo que normalmente nos referimos mediante la expresión ‘objetos físicos’? La respuesta es simple: construcciones lógicas.

Antes de seguir adelante, quisiera mencionar dos principios importantes en el planteamiento general de Russell. Está primero, el principio metodológico del solipsismo. Su motivación y fundamentos son, como vimos, el deseo y la necesidad de demostrar que la física es una ciencia empírica. En segundo lugar, está un principio de economía ontológica, que ya había sido empleado en la filosofía de las matemáticas y la teoría general del lenguaje. Dicho principio es: “Siempre que sea posible, sustitúyanse entidades inferidas por construcciones lógicas”. Veremos ahora adónde nos llevan estos principios.

El segundo gran componente en la concepción russelliana de la materia es su teoría del espacio. Russell empieza por introducir la noción de perspectiva, que es equivalente a la de punto de vista *sin* sujeto. En otras palabras, las perspectivas son algo objetivo. El espacio visual de un percipiente se compone tanto de perspectivas ordenadas linealmente como de perspectivas yuxtapuestas y ordenadas con base en la similitud. Este conjunto de perspectivas constituye el espacio perceptual del sujeto y es, claro está, tri-dimensional. Asumiendo la existencia de otras mentes (que es lo que Russell hace), se asume automáticamente que hay otros espacios tri-dimensionales aparte del mío. A estos se les puede, no obstante, considerar a su vez como puntos ordenables tri-dimensionalmente. Tenemos, así, un espacio de seis dimensiones. “El mundo que hemos construido hasta ahora es un mundo de seis dimensiones, puesto que es una serie tri-dimensional de perspectivas cada una de las cuales es en sí misma tri-dimensional”.²¹ Este espacio construido (y por consiguiente, empíricamente incognoscible) es el espacio de la física.

La doctrina de los *sensibilia*, aunada a la teoría de los espacios (privado y físico), implica que en relación con cada *sensibile* se puede hablar siempre

²⁰ B. Russell, *ibid.*, pp.112-13.

²¹ B. Russell, *ibid.*, p. 119.

de dos lugares. Todo *sensibile* aparece simultáneamente **en** un lugar del espacio privado (el “en”, naturalmente, variará de persona en persona) y **desde** una perspectiva particular. Cada *sensibile* en una perspectiva dada es lo que normalmente llamamos ‘apariencia’ de la cosa. Todos *los sensibilia*, coordinados con base en la semejanza, constituyen el “aspecto” de una cosa. Apelando al principio de economía mencionado más arriba, Russell reemplaza a “la cosa” por la totalidad de sus aspectos. Ahora bien, las apariencias están ordenadas en función de la cercanía o lejanía respecto de “la cosa”, es decir, pertenecen a perspectivas que están más cerca o más lejos del lugar en donde está “la cosa”. Mientras más cerca estemos de ella, mejor la conoceremos (‘cerca’ se aplica a todos los sentidos). Es claro, sin embargo, que hay un límite que no podremos rebasar. Por ejemplo, conozco menos bien un ruido (un *sensibile* auditivo) ubicado en una perspectiva alejada de mi oído que un ruido localizado en una perspectiva cercana a mí. El ruido es, por así decirlo, más sonoro en el segundo caso. Pero es obvio que, por más que yo me acerque, hay un grado de decibeles que no se podrá rebasar. Este es su límite. Sucede, *mutatis mutandis*, lo mismo con los *sensibilia* de los otros sentidos. Esto es importante, por la sencilla razón de que lo que Russell va a sostener es el límite de las apariencias relacionadas con la distancia cada vez menor respecto a la cosa es precisamente la materia.

Un punto crucial en relación con la caracterización de la materia es que con ella se introduce la noción de causalidad. Las apariencias son una función tanto de la materia de la que se compone la cosa (la totalidad de sus apariencias) como de la materia que se interpone entre ella y la mente. Se supone que las leyes del cambio, que atañen a los *sense-data*, son leyes que se enuncian en términos de la materia que está entre las diversas apariencias y la cosa. Un objeto material se caracteriza por la continuidad en las apariencias y por su conformidad con las leyes de la dinámica. Las agrupaciones de *sensibilia*, que generan así a los objetos materiales, permiten expresar las leyes del movimiento. De ahí que la definición más acabada de ‘cosa física’ que Russell está en posición de ofrecer sea la siguiente: “una cosa física es una serie de apariencias cuya materia obedece a las leyes de la física.”²² Esto que he meramente delineado es el núcleo de la teoría russelliana de la materia. Por lo pronto, quisiera señalar dos cosas:

- a) se trata, sin duda, de una teoría expuesta a múltiples objeciones.
- b) No obstante, aunque teóricamente endeble la teoría contiene elementos que le permitirán a Russell desprenderse de ella y desarrollar una nueva concepción o, si se prefiere, una concepción más madura.

²² B. Russell, *ibid.*, p.127.

En lo que sigue intentaré hacer ver rápidamente qué debilidades evidentes contiene la teoría que Russell ofrece.

No voy a considerar aquí la gama de argumentos que se deriva de la meditación wittgensteiniana en torno a los lenguajes privados, puesto que con ello simplemente desarticularíamos la problemática misma y se bloquearía *ipso facto* la discusión. Más bien, mi interés es considerar críticamente la teoría de Russell dentro del marco de la filosofía de este último. Para empezar, es importante señalar que el programa de Russell es esencialmente incompleto, lo cual él mismo reconoce. El carácter incompleto de su programa se manifiesta en la imposibilidad de no introducir supuestos. Dos son los supuestos indispensables a Russell:

- a) el supuesto de las otras mentes
- b) El supuesto de que las cosas tienen aspectos no percibidos por nadie.

El primero de estos supuestos anula su solipsismo metodológico y el segundo es de hecho una hipótesis *ad hoc* muy fuerte y basada en un argumento sumamente controvertible (la extrapolación de *sense-data* a *sensibilia*). Sin estos supuestos, la muy elaborada teoría de Russell no opera. Es mi opinión, por otra parte, que el texto de Russell contiene, además de las debilidades de principio, falacias de diverso orden. Me parece que pueden señalarse por lo menos las siguientes:

- a) el argumento de Russell de que el orden de las perspectivas está dado por las diferencias de las apariencias de una cosa dada en varias perspectivas es claramente circular: se ha estado suponiendo todo el tiempo que son precisamente las diferencias de perspectivas lo que explica las diferencias de apariencias.
- b) Dado que el límite es empíricamente imposible de determinar, resulta que de hecho nos quedamos sin saber qué sea la materia. Lo único que tenemos de ella es conocimiento por descripción. Esto, obviamente, no basta, pues como es sabido, desde la perspectiva de Russell el conocimiento por descripción se funda en el conocimiento directo.

Es importante observar, asimismo, que aunque Russell mantiene todavía el dualismo “mente-cuerpo”, éste empieza ya a tambalearse y ello por dos razones:

- a) Russell señala que las diferencias entre los intereses del psicólogo y los del físico residen no en las diferencias de material, sino en diferencias de ubicación de un mismo material (“*stuff*”). “Para el

psicólogo, es más interesante el ‘lugar desde el cual’ y por consiguiente, el *sensibile* se le aparece como subjetivo y en donde está el percipiente; para el físico, el ‘lugar en el cual’ es el más interesante y, por consiguiente, el *sensibile* se le aparece como físico y externo. Las causas, límites y justificación parcial de cada uno de estos dos puntos de vista aparentemente incompatibles son evidentes por la duplicidad (...) de los lugares asociados con un *sensibile* dado”.²³

b) Russell está en tierra fértil para una primera formulación y defensa de la teoría de la identidad. “Puesto que nuestra mente está correlacionada con nuestra perspectiva a la que pertenecen nuestros *sense-data*, puede considerarse que esta perspectiva es la posición de nuestra mente en el espacio de perspectivas. Si, por lo tanto, esta perspectiva está (...) dentro de nuestra cabeza, hay un buen significado para el enunciado de que la mente está en la cabeza”.²⁴

Estas dos consideraciones indican con relativa claridad en qué dirección habrá de moverse el pensamiento de Russell. Y es de esta nueva fase que deberemos ahora ocuparnos.

D) Eventismo y Monismo Neutral

La concepción de la materia desarrollada por el Russell maduro está claramente dominada por las nociones de evento y de causalidad. En esta nueva etapa, la doctrina queda conformada, sobre todo, por ciertos resultados de la física (en particular, por las teorías del átomo y de la relatividad). Se siguen manteniendo la teoría empirista y causal de la percepción, pero se interpretan sus resultados a la luz de lo que dice la física (y a la inversa). En realidad, como veremos, todo parece estar prejuzgado *ab initio* por el modo mismo de plantear los problemas. Nótese también que no tendrá ya el menor sentido intentar seguir viendo en Russell a un escéptico. Intentemos poner en claro todo esto.

Quizá no esté de más señalar que una de las características del enfoque de Russell, que comparte con la gran mayoría de los grandes filósofos de todos los tiempos, es la de pretender desarrollar una teoría de la materia que se funde en lo que se supone que son los resultados últimos de la ciencia de su tiempo. Ahora bien, según él, para poder articular una filosofía de la materia adecuada, la única manera de hacerlo es con un “inicio fresco, con eventos en lugar de cuerpos”.²⁵ Obviamente, lo

²³ B. Russell, *ibid.*, p.120.

²⁴ B. Russell, *loc. cit.*

²⁵ B. Russell, *An Outline of Philosophy*, p. 116.

primero que se nos ocurre preguntar es: ¿qué clase de cosa es un “evento”? “En física”, dice Russell, “es cualquier cosa de la cual, según las antiguas nociones, se habría dicho que tiene tanto una fecha como un lugar”.²⁶ La noción de evento es necesaria precisamente porque los cambios conceptuales acarreados por la física de partículas chocan demasiado violentamente con el sentido común, de modo que las categorías propias de este último resultan totalmente ineficaces para transmitir el contenido semántico de las teorías. Por otra parte, es claro que, en tanto que avanzada de la ciencia, para muchos efectos la teoría de la relatividad desbancó a la física de Newton. Para nuestros intereses, lo más importante implicado por dicho cambio tal vez sea el reemplazo del espacio absoluto y el tiempo cósmico por el espacio-tiempo. Cambios como éste conducen de modo natural a una re-interpretación de los resultados y las leyes de la física. Por ejemplo, ya no se necesitará postular una sustancia que se mueva en el espacio y en el tiempo. Las leyes de la física, como Russell enfatiza una y otra vez, revisten la forma de ecuaciones diferenciales de segundo orden y para su comprensión ninguna sustancia (*i.e.*, objeto durable, etc.) es necesaria. Es por razones como estas que, en lugar de hablar de cuerpos, cosas, hechos, etc., Russell prefiere hablar de “eventos”. Ahora bien, ¿cómo se llega a esta noción?

La metodología russelliana de los años 40 sigue siendo, por más que él intente disfrazarla, básicamente la misma que la de 1912. Russell está convencido de que filosóficamente se **tiene** que partir del genuino conocimiento empírico. De acuerdo con él, lo que se tiene cuando así se conoce son “preceptos”. Todos los preceptos son eventos, pero (dado que nadie quiere defender un solipsismo absurdo) hay que decir que no todos los eventos son preceptos. Al igual que con los *sense-data*, los preceptos deben permitir una extrapolación hacia objetos de la misma clase, pero que no sean percibidos. “En cuanto a los eventos que componen el mundo físico, ellos son, en primer lugar, preceptos y luego todo lo que pueda inferirse a partir de preceptos por medio de los métodos considerados en la Parte II”.²⁷ Dicha extrapolación se efectúa por medio de procedimientos matemáticos. El mundo es como lo percibimos cuando percibimos algo, pero de sus regiones que no percibimos sólo podemos tener un conocimiento abstracto: “nuestro conocimiento de la física es matemático: es matemático porque ninguna propiedad no matemática del mundo puede ser inferida de la percepción”.²⁸ Podríamos tal vez decir, entonces, que la filosofía de la física y la teoría del conocimiento son la base de la metafísica de Russell y, por ende, de su teoría de la materia.

La primera gran tesis metafísica de Russell es la de que el mundo se compone de eventos. Los eventos son el material del cual está hecho el mundo. Dichos eventos ocupan porciones finitas de espacio-tiempo. Esta es, probablemente, la

²⁶ B. Russell, *loc. cit.*

²⁷ B. Russell, *The Analysis of Matter* (London: Allen and Unwin, 1934), p. 385.

²⁸ B. Russell, *ibid.*, p. 253.

caracterización definitoria de los eventos. Curiosamente, los eventos se traslapan, es decir, pueden ocupar (por lo menos parcialmente) la misma porción de espacio-tiempo. Asimismo, de los eventos no se puede hablar como si fueran sustancias, es decir, como de algo que perdura. Por otra parte, lo que de acuerdo con la física sucede en el micro-cosmos (que es el ámbito en el que se ubica la explicación) no permite detectar un “algo”, sino simplemente agrupaciones de eventos, ordenados en torno a un centro en el espacio-tiempo. Empero, “No necesitamos suponer que nada particular sucede en su centro (...). Lo que sabemos, como un asunto de geometría, es que el grupo de eventos en cuestión está ordenado en torno a un centro”.²⁹ Esto tiene implicaciones importantes para la identidad de aquello que se considera que es el material del mundo, pues los criterios para hablar de un mismo objeto ya no podrán ser los criterios que permiten hablar de un mismo evento. Por último, es de primera importancia notar que los eventos no son ellos mismos ni materiales ni mentales. Por eso afirma Russell que su punto de vista “no es ni materialismo ni mentalismo, sino lo que (...) llamamos ‘monismo neutral’. Es monismo en el sentido de que considera al mundo como compuesto únicamente de una clase de material, a saber, eventos; pero es pluralismo en el sentido de que admite una gran multiplicidad de eventos, siendo cada evento mínimo una entidad auto-subsistente”.³⁰ Esto muestra que hay un sentido genuino en el que Russell fue siempre, de uno u otro modo, un atomista lógico, por más que se registren cambios en su ontología. De su antiguo escepticismo cartesiano tampoco queda, como es evidente, gran rastro: Russell parte de los resultados alcanzados por la física. Ignorando por completo las demandas del sentido común y del lenguaje natural, lo que Russell se propone es elaborar una concepción de la realidad y de la materia en la que se concilien los resultados de la ciencia más abstracta y matematizada, esto es, la física, con los de la psicología y la teoría del conocimiento. Preguntémonos ahora: desde esta nueva perspectiva: ¿qué es la materia?

Es claro que el carácter fundamental o último desde siempre atribuido a la materia va a perderse en la teoría de Russell. Eso que llamamos ‘materia’ u ‘objeto material’ no puede ser sino una serie o sistema de eventos conectados entre sí por complicados procesos causales. Los eventos en cuestión se ordenan geoméricamente en torno a un centro, el cual, ya se dijo, no es una “cosa”. El que dos series de eventos que constituyen dos pedazos de materia no se superpongan o traslapan es el resultado de una definición: “la materia en un lugar es todos los eventos que están allí y, por consiguiente, ningún otro evento o pedazo de materia puede estar allí. Esto es una tautología, no un hecho físico”.³¹ El asunto de la indestructibilidad de la materia se convierte también es un asunto derivado: los eventos, que son lo que realmente cuenta,

²⁹ B. Russell, *The ABC of Relativity* (London: Allen and Unwin, 1971), p. 128

³⁰ B. Russell, *An Outline of Philosophy*, p. 293.

³¹ B. Russell, *The Analysis of Matter*, p. 385.

no son eternos. Tampoco lo son sus agrupaciones. Russell plantea también la cuestión de si los protones y electrones son eternos. Como asunto de investigación empírica, puede afirmarse que no. No hay, pues, razón para seguir sosteniendo la tesis metafísica tradicional de que la materia es indestructible. En cambio, sigue siendo característico de la materia que ocupe espacio y tiempo (mejor dicho, que se le asignen coordenadas espaciotemporales). Todo esto parece ser aceptable. La situación, empero, se complica cuando consideramos las dos propiedades restantes que tradicionalmente se le han atribuido a la materia: sus poderes causales y su ser diferente de la mente. Aquí Russell se hundirá en enredos conceptuales y en pantanos teóricos de los que a final de cuentas no podrá escapar.

En relación con las conexiones de orden causal que valen entre eventos que no son percepciones y eventos que sí lo son, lo único que se tiene derecho a afirmar, en el marco del eventismo y del monismo neutral de Russell, es que “los eventos que causan a nuestras sensaciones pertenecen usualmente a la clase de grupo (de eventos) que los físicos consideran como material”.³² Las relaciones causales se siguen manteniendo, pero no entre dos sustancias de naturaleza completamente distinta, sino entre clases de eventos que pueden ser contemplados y estudiados desde dos perspectivas diferentes, a saber, la de la física y la de la psicología. En otras palabras, Russell abandona el dualismo sustancial para reemplazarlo por el dualismo de leyes. El programa es interesante, pero no deja de plantear problemas. Por ejemplo, todo lo que nosotros conocemos de modo empírico acerca del mundo son perceptos y los perceptos en general pertenecen a los grupos de eventos que llamamos ‘mentales’, pero ahora Russell sostendrá, apelando a razones de diversa índole, que eso que tenemos cuando percibimos algo está literalmente dentro de nuestras cabezas y, más exactamente aún, se ubica en nuestros cerebros. Aquí está involucrada una sutileza importante: decir que algo está en un cerebro no es lo mismo que decir que es una porción de dicho cerebro. Sería absurdo hacerle decir a Russell que si veo un coche lo que veo está dentro de mi cabeza o es una porción de mi cerebro. Lo que pasa es que para Russell el fenómeno de ver es un fenómeno mental causalmente conectado con el cerebro (con las terminaciones nerviosas, por ejemplo) . Pero esto implica que los eventos que llamamos ‘perceptos’ también tienen una ubicación espaciotemporal y el único sector del mundo en donde pueden ser ubicados es en el cerebro. Estos eventos pueden formar parte de puntos espaciotemporales que, a su vez, pueden ser parte de un “objeto”. Así, el percepto puede estar en el cerebro sin ser parte de él. Todo esto es lo que lleva a Russell a su famosa afirmación de que “lo que el fisiólogo ve cuando examina un cerebro está en el fisiólogo, no en el cerebro que está examinando”.³³ De acuerdo con él, tener

³² B. Russell, *An Outline of Philosophy*, p. 290.

³³ B. Russell, *The Analysis of Matter*, p. 320.

perceptos (sentimientos, sensaciones, etc.) es conocer el mundo empíricamente. De ahí que esos “pensamientos y sentimientos (. . .) sean miembros de los átomos (o componentes materiales mínimos) de nuestros cerebros.”³⁴ Es así como Russell combina su monismo neutral con la teoría de la identidad.

Recordemos rápidamente que están involucrados aquí dos espacios: el perceptual y el físico. El percepto, que es un evento más del mundo, mantiene simultáneamente relaciones causales de dos clases: por una parte, relaciones causales con los eventos o la clase de eventos que usualmente dan lugar a lo que se denomina ‘objeto material’, pero, por la otra, también mantiene relaciones causales que sólo valen entre eventos “mentales” y que contribuyen a la formación o conformación de la mente. A esta segunda clase de causación Russell la llama ‘mnémica’. Si ésta es inexplicable en términos de la causación física, entonces el monismo neutral de Russell se vuelve teóricamente insostenible, pues habrá que reconocer que la mente es irreducible a la materia. Sobre esta delicada cuestión, Russell se inclina por un emergentismo de la mente pero, lo cual no deja también de ser altamente sorprendente, se pronuncia también en favor de un emergentismo de la materia misma. La elaboración de la super-ciencia de los eventos, la cronogeografía, no rebasa, el nivel de mera ciencia “ideal”, en el mejor de los casos. De ahí que Russell tenga que seguir admitiendo que física y psicología, o si se prefiere, materia y mente, empero, siguen constituyendo dos mundos lógicamente independientes, si bien conectados de algún misterioso modo.

III) *Comentarios Finales*

Lo primero que dan ganas de preguntar es lo siguiente: después de haber recorrido, por así decirlo, en avión, la ruta que Russell heroicamente hizo a pie: ¿no fue todo ese inmenso esfuerzo simplemente inútil? Mi respuesta es que, aunque Russell no nos dirá la última palabra respecto a la materia, mucho puede aprenderse de sus teorías y de sus errores filosóficos. Yo abogaría por la tesis de que la teoría de los eventos es como una gran promesa no cumplida, puesto que de hecho no permite deducir la teoría de la materia (no puede dar cuenta, *e.g.*, de la teoría de los quanta), no digamos ya de la mente. Por otra parte, la filosofía de la física de Russell es demasiado sólida y no permite ser eliminada tan fácilmente. Yo creo que algo muy importante que podemos aprender de ella es que nos hace ver que no puede haber una única teoría de la materia. Russell, pienso, nos aclara bastante qué podría considerarse como “materia” en o para la física relativista, pero ciertamente no lo que es la materia para, *e.g.*, el sentido común, que es a final de cuentas de donde surgió la noción. La teoría total de la materia requiere, por lo tanto, no sólo

³⁴ B. Russell, “Reply to Criticism” en *The Philosophy of Bertrand Russell*. The Library of Living Philosophers. Edited by P. A. Schilpp (Evanston/Chicago: Northwestern University, 1944), p. 706.

una correcta filosofía de la ciencia y del conocimiento empírico, sino también de una visión apropiada de las conexiones del lenguaje científico con el lenguaje natural. En mi opinión, lo que vicia todo el planteamiento de Russell y lo encamina en la dirección equivocada es precisamente su teoría empirista del conocimiento, de la cual nunca se libró. Es ella lo que lo llevó a creer que una reconstrucción unificada del conocimiento (de corte piramidal, con perceptos y teoría de la relatividad como base) es posible. Es de aquí que surgen las complicaciones de su peculiar teoría de la materia y de la mente. Por eso, tal vez podamos concluir con el comentario, simple pero un tanto paradójico, de que lo que en el fondo impide que Russell tenga una teoría general de la materia aceptable es, precisamente, su teoría (de corte empirista) de la mente.